

## CHRISTUM SEQUI

### Sobre la obediencia del monje

Aquél que está bautizado, vive en comunidad con Jesucristo y está llamado a formar su vida de acuerdo a las palabras del Señor. Esto no es simple; cuesta esfuerzo. Todos los esfuerzos que son necesarios para andar el camino de Jesucristo pueden ser llamados "ascetismo cristiano". El renunciar y abstenerse forman parte de ello, pero no son todo, nos sirven para llegar a la meta de la presencia de Dios.

Se justifica el hecho de reflexionar cómo debe constituirse la práctica ascética en el monacato actual. Se trata de la salvación del hombre, pero sus condiciones de vida y habilidades cambian y por lo tanto deben adecuarse los cambios a los conceptos sobre la configuración concreta de la vida. Una de las características de la Regla de san Benito es que ella representa este principio en relación a la tradición monástica.

Este propósito no puede ser tratado a fondo en el marco de una conferencia. Aquí queremos mostrar en un ejemplo, cómo se puede reflexionar sobre elementos de la formación de vida.

Cuando se habla de ascetismo se entra en un ámbito complejo. Pues el comportamiento de la práctica y unido a ella el de la renuncia se da en contextos muy dispares. Debe tratar de obtenerse una mayor claridad en el sentido de que se realice un ordenamiento con respecto a distintas realizaciones de vida.

De esta manera se puede hablar de un "ascetismo del camino". Con ello se hace referencia a lo que debe ser practicado, a fin de poder andar por el camino de la madurez. Aquí se deberán salvar circunstancias adversas y superar escollos y también deberá renunciarse al cumplimiento de deseos y necesidades.

De esto deberá diferenciarse un "ascetismo de consagración". Pues la renuncia tiene su lugar también en las distintas formas de expresión del amor. Y en la historia de la humanidad ésta ha ganado gran importancia en relación a la adoración de Dios. La renuncia puede ser una demostración personal de consagración, o sea una señal de la comunidad y de la constancia de una relación personal o una señal de que se espera la actuación del otro o que se está abierto para ello.

Una gran dificultad adicional radica en el idioma. Pues en la tradición monástica más antigua se utilizan conceptos individuales para la determinación de modos de comportamiento en distintos ámbitos de vida. Esto es confuso y dificulta la conversación sobre cuestiones de ascetismo monástico. Por lo tanto, deseo recomendar que cuando se traten conceptos ascéticos tradicionales, se contemple cada campo de aplicación diferente en forma individual y no se realice una asociación demasiado rápida en base a un solo concepto.

Aquí debe tenerse en cuenta lo siguiente: en el ascetismo monástico, no es suficiente llevar a cabo muchas formas diferentes de comportamiento que nos han sido comunicadas como importantes. Antes eso era tal vez así: en base a determinadas condiciones, todo formaba como por sí solo un mosaico de una vida llena de sentido. Pero hoy en día, lo importante es reconocer y llevar a la realidad una amplia concepción de vida, señalada por la esperanza de que un obrar perfecto nos llevará al Señor. No se trata aquí de renunciaciones parciales, sino de un proyecto de vida de acuerdo con el Evangelio.

Esto debería tenerse bien en cuenta, cuando se habla de ascetismo monástico, tomando la obediencia como ejemplo. Justamente en este punto es sumamente necesario tratar en forma individual cada una de las formas de comportamiento. Ser obediente significa adecuar nuestro hacer y nuestras acciones a las instrucciones de otro. Esto se encuentra en contextos muy diferentes. La conversación sobre la obediencia del monje se ve muy dificultada, cuando no se tiene en cuenta la diferencia de los ámbitos de vida. Deseo diferenciar tres ámbitos, aunque los mismos se encuentran ligados uno con el otro de múltiples formas: el monje en la comunidad, su camino de vida y su relación con Jesucristo. Me abstengo de indicarles el texto de la Regla, a Uds. no les resultará difícil establecer las relaciones.

## I. Obediencia como formación de la comunidad

Comencemos con aquello, que queda más cerca de nuestra realidad con la comunidad. Para su camino y su existencia, el Abad ha sido puesto en sus funciones por el Señor.

### *1. La comunidad como ámbito de vida*

Es necesario tomar en serio, en primer lugar, las circunstancias de la naturaleza humana. La existencia del hombre tiene una estructura dialógica. Necesita la relación con los demás y no con uno solo, sino con varios. Ello significa: necesita de la comunidad para que su existencia y su personalidad puedan desarrollarse. Pero la comunidad sólo puede existir si las personas se ponen de acuerdo sobre sus proyectos de metas y si tal unidad se convierte en norma para el comportamiento de los miembros. El que quiere comunidad sólo puede vivir si se respetan y mantienen los acuerdos establecidos.

Como el mundo viviente y el hombre mismo, las circunstancias exteriores de vida y las posibilidades de formación cambian, deben tomarse constantemente nuevas decisiones sobre las normas de comportamiento vigentes en la comunidad. Pertenece a la comunidad la formación de una dirección, o sea la educación de la autoridad. Da exactamente igual la forma en que desarrollen los procesos de decisión, pero debe ser condición primordial que los miembros estén en condiciones de obedecer, luego de tomada la decisión. Una comunidad vive del hecho de que sus miembros puedan posponer sus impulsos de conducta en beneficio del todo.

De acuerdo a esto la obediencia significa algo más que ejecutar simples instrucciones. Es la voluntad de la existencia de la comunidad, la disposición para la unidad, o sea, ponerse de acuerdo y acatar las decisiones. Es por lo tanto de gran

importancia práctica con qué estado de ánimo se lleva a cabo la obediencia. Una buena disposición acompañada de alegría es expresión de una alta estima por la comunidad y brinda a todos los miembros un aumento de su sentimiento de valoración. De manera tal que se puede decir que la obediencia pertenece a los elementos de formación más importantes de una comunidad. La obediencia brinda un ámbito de vida suficientemente estable, que da a sus miembros la protección que ellos necesitan. Es necesaria la inteligencia de sus miembros para que esta estabilidad no se convierta en entumecimiento. Para ello es necesario que la obediencia no sea lo único. Debe agregarse a ella la conversación sobre decisiones pendientes, que serán llevadas a cabo en una atmósfera de confianza y sin miedo. Aquí debería hablarse en forma detallada sobre el significado de la receptividad. En una comunidad en la cual todos comparten la responsabilidad por el todo, la autoridad de la conducción está supeditada a la disposición de aceptar instrucciones por parte de los miembros. Se necesita por lo tanto receptividad. El miembro influye en forma individual en el camino de la comunidad, no sólo mediante la participación en decisiones individuales, sino también por aprobación o rechazo de receptividad. En este proceso que sólo puede ser regulado en forma limitada, se demuestra la madurez de la personalidad de los miembros de una comunidad.

No se trata aquí de citar todos los elementos de la vida comunitaria sino de llamar la atención sobre la importancia de la obediencia en base a la legitimidad de la convivencia humana. En ella radica una fuerza de afirmación incapaz de ser reemplazada. Ella convierte realmente a la comunidad en un ámbito de vida.

El abad tiene en la comunidad la responsabilidad de la dirección; su tarea es exigir y posibilitar la obediencia, pues la comunidad necesita de una certeza suficiente para que las medidas tomadas también sean cumplidas. Para ello debe actuar el abad; él evita que rechazos injustificados malogren la confianza de la comunidad. Pero por otra parte el individuo también necesita de protección, para que no lo aplaste el peso de la implantación de normas por parte de la comunidad. De manera que el abad deberá prestar especial atención, de no sobreexigir al individuo o de no encasillarlo sin motivo; él es responsable de que la receptividad posibilite una acción y un desarrollo responsables.

## *2. La comunidad como Koinonía*

En la comunidad de los monjes se encuentran personas en nombre del Señor Jesucristo. Esto le da un carácter propio. El círculo de los apóstoles es modelo para la formación de vida; el Evangelio es modelo de la norma del comportamiento. Y la obra de Jesús es decisiva para la meta de la comunidad. Con ello la obediencia se convierte en relación con tal comunidad, en una forma de aceptar el Evangelio, o sea en la obediencia de fe.

Con ello no se ha descrito suficientemente aún el carácter especial de la comunidad monástica. Es de primordial importancia la salvación del hombre, que nos ha sido regalada mediante el mensaje de Dios en Jesucristo. Esto se encuentra en continuidad con la acción de Dios en Israel. Es la comunidad del pueblo de Dios. En ella tiene participación toda comunidad que se funda en la Palabra de Dios y es sacramento del Señor. Pero eso significa finalmente que en ella se consuma la acción del Espíritu Santo.

La comunidad se vive aquí como la Koinonía donada por Dios, la cual es participación del Espíritu de Dios y al mismo tiempo es capacidad para compartir, reconciliación con Dios y capacidad para la reconciliación.

Con ello la capacidad del hombre de formar comunidad comienza a ser acontecimiento de salvación. La obediencia en la estructura de ordenamiento de la comunidad adquiere un significado profundo: no es sólo posibilidad de comunidad, sino que es una contribución a la experiencia de la acción de Dios en el mundo. La concordancia y la aprobación aparecen en el movimiento histórico de salvación producido por el Espíritu de Dios.

En base al carácter de la comunidad, el abad es administrador del Evangelio. Debe representar los deseos de nuestro Señor Jesucristo, cuyo deseo es que la comunidad se oriente en el Evangelio y también que el ser individual no se pierda. La autoridad del abad está provista por ello de una clara orientación. Debido a que el Espíritu de Dios, actúa en todos sus miembros y orienta para la formación con todos ellos la comunidad de Dios, la receptividad a las indicaciones del abad recibe así su total importancia.

## II. Obediencia como elemento de madurez

En el proceso de madurez de la persona humana, al individuo no le basta elaborar solo su propia experiencia. Necesita recibir la experiencia de otras personas. Esto sucede en la tradición de sabiduría llevada por las comunidades. Si bien en el caso normal esto sucede por medio del libro, como desafío concreto, la sabiduría se encuentra en el contacto humano con otra persona.

En dos aspectos el individuo necesita de la palabra de la instrucción:

a) Necesita un ordenamiento para su ejecución de vida y también en el campo de la realización de las instrucciones de Jesús. Para ello debe hacer propias las experiencias de los demás. Esto sólo puede realizarse aceptando, en el transcurso de un proceso de aprendizaje, el ofrecimiento de un orden concreto en vida, o sea, simplemente, la obediencia dentro de este campo.

b) El desarrollo en el camino de la madurez inevitablemente va unido a la crisis. El miedo puede llevar a que el ser humano retenga lo ya vivido y no suelte lo ya concluido. En esta situación debe existir la clara instrucción del otro, cuya autoridad esté reconocida. La obediencia significa aquí posibilidad de desarrollo.

Esto es válido en medida especial en lo que se refiere a las cuestiones sobre el reconocimiento y superación de culpas. La capacidad sin límites del ser humano de engañarse a sí mismo requiere la confrontación con otra persona concreta. Se necesita un abogado del Evangelio en el sentido de la palabra liberadora y conductora de Dios.

De acuerdo a nuestra tradición el abad tiene aquí su tarea como ayudante. Está llamado a ser el mediador de la tradición de sabiduría. En la multiplicidad de los requerimientos cotidianos de un monasterio, le será difícil al abad realizar esta tarea por sí mismo. Pero en él radica la responsabilidad de las directivas. A fin de poder salvaguardar esta tarea, no deberá dudar en aceptar los conocimientos

sobre la madurez de las personas que nos suministran los científicos humanistas. El ejemplo que él da, cuando se dedica como ayudante en el caso individual de un hermano en una situación concreta, es un efecto de amplia repercusión. Esto no debe ser subestimado.

En relación a esto deseo agregar dos observaciones. En el pasado, a veces se veía en la obediencia un medio pedagógico para vencer el egoísmo de la persona. Quería quebrarse simplemente la obstinación egocéntrica a fin de dar lugar a la gracia. Sabemos hoy, que a menudo se evaluaron equivocadamente las formas de reacción propias del alma humana. Sucedió entonces que con ello se evitaba o interrumpía un proceso de maduración. El resultado era, en ciertas circunstancias, una persona muy obediente que permanecía infantil e inmadura. La meta para la conducción a la madurez debe ser que el individuo pueda tomar decisiones importantes en su vida por sí mismo, mientras se orienta en libertad hacia Dios. Debe poder llevar la responsabilidad de su propio proceder.

La manera de actuar con respecto a la terquedad o el egoísmo y a los impulsos provenientes inconscientemente desde la profundidad del alma del ser humano, es un capítulo especial que deberá tratarse en forma separada.

Se podría tener la opinión de que la obediencia en el sentido arriba mencionado sólo es actual en una determinada fase de la vida. Esto es acertado en cierta medida. La importancia del ayudante y conductor puede variar mucho en la vida espiritual. Pero deberá tenerse en cuenta que el hombre permanece de por vida en camino. Para el individuo será una gran ayuda poseer la certeza de que se le hará notar si se aparta del camino de Jesucristo. La advertencia del abad será entonces un desafío para renovar la fe en la permanente conducción de Jesucristo y ver como nuevas en su propia vida las esperanzas de Dios. Esta función de guardián del abad es importante para todas las edades y nunca es superflua.

### III. Obediencia como comunidad con Cristo

Si se quiere hablar sobre la sucesión de Jesucristo, no nos podemos limitar al proceso de madurez en el ámbito de vida de una comunidad. Debe dejarse expresamente aclarado que el acontecimiento central de la existencia humana radica en que uno acepte, con decisión, su meta de vida. De esta manera la obediencia de fe encuentra su forma concreta.

#### I. Decisión para el servicio

*Cristum sequi*, seguir a Cristo significa, en el contexto de una decisión personal, el pedido de Dios —que abarca a toda la persona— de aceptar el modelo de Jesucristo, lo que significa poner la vida al servicio de los hermanos y hermanas, al servicio de la humanidad.

Aquí deseo hacer referencia al himno que en la carta a los Filipenses (*Flp* 2, 6-11) nos entrega Pablo a este respecto. Nos da la estructura de la formación de vida de acuerdo al modelo de Jesucristo. El primer capítulo no habla simplemente de la humillación de Jesús, sino de su servicio: *Tomó la condición de esclavo* (*Flp* 2,7). Jesús muchas veces hizo notar a sus apóstoles que él estaba entre

ellos como el que sirve. (p. ej., *Lc 22,27*).

La fe es fundamental para la percepción y aceptación de un servicio amplio con Cristo y en Cristo. Pues para esa disposición de vida nos ha sido dada la promesa de su presencia y en ello nos fortalecen los sacramentos.

Aquí no se trata de procesos comunes que suceden a diario. Son ocasiones que se presentan rara vez y en las cuales el ser humano decide sobre la consagración de su vida. Por lo general está relacionado con una nueva tarea o con un notable cambio en sus condiciones de vida. No se puede decir nada fundamental sobre los pormenores, pues la multiplicidad de aquello que puede hacerse por los demás es inmensa. Es característico que en esa situación, se concreta la posición básica del monje: tiene que resumir, en una decisión concreta, su postura de fe y su disposición creyente para servir.

Con este tema tocamos el núcleo de la vida del monje: el monje lleva a cabo la consagración de su vida escuchando y aceptando el llamado de Dios para el servicio en relación a la venida del reino de Dios.

Consagrar su vida en este sentido significa desprenderse y renunciar a mucho, significa concentración. Pero como se trata de un acto de la persona, pueden ser activadas las fuerzas de dedicación personal, y no se llega a un empobrecimiento sino a un desarrollo de la personalidad.

En relación a esto, es tarea del abad ayudar a cada uno a reconocer su tarea de vida y a percibir el llamado de Dios. La función del abad no puede consistir normalmente en hacer notar mediante una orden el llamado del Señor; esto sería demasiado simple y no ajustado a la realidad que aquí se trata del núcleo de la persona del monje. Aquí debe representar el "con Cristo". El es el acompañante del monje, está a su lado, no enfrentado con él. En la práctica esto se fundamenta en una base de confianza que crece mediante conversaciones sinceras y un obrar seguro.

## 2. Noviciado

Se alcanza un nuevo plano de obediencia cuando, para alcanzar el éxito de la meta de vida, deben superarse fracasos y derrotas. Entonces se actualizan las palabras del himno de Cristo: fue obediente hasta la muerte (*Flp 2,8*). *Christum sequi*, seguir a Cristo requiere entonces todas las fuerzas de la persona. Hay que considerar aquí que no se trata de la humillación por sí sola, sino en relación al objetivo de vida.

En esos momentos debe pesar la relación personal con Jesucristo; el fracaso debe ser aceptado con Cristo. El ha revertido el fracaso de su vida, o sea el rechazo de Israel, mediante su palabra mesiánica en la Última Cena, convirtiéndolo en un suceso de salvación, o sea en un sacrificio de expiación. El permaneció fiel al objetivo de su mensaje: traer al mundo su salvación mediante el perdón. En la situación del fracaso el hombre puede unirse con Jesucristo en la fe y con ello adaptar el suceso de la derrota en su vida en la dinámica del suceso de salvación. Si el apóstol de Jesús soporta la obediencia en el fracaso, en el rechazo o en la desgracia, cree en Dios, el Padre, que ensalzó a Jesús. Es la fe en la resurrección.

Es bueno agregar aquí un texto de la Carta a los Gálatas *"La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama ¡Abbá, Padre!"* (Ga 4.4-7). El Espíritu nos cuida también en la situación de fracaso, para que podamos decir *"Abbá"*. No somos nosotros mismos los que soportamos, es el Espíritu quien mantiene viva nuestra orientación hacia el Padre y que consigue que no escape a nuestra conciencia el hecho de que somos hijos.

La seriedad de esa situación de vida limita en forma especial el hablar sobre ella. En caso contrario, se podría describir aquí un acercamiento especial a la realidad de vida trinitaria. Pero el respeto por la persona que sufre requiere reserva.

Acontecimientos de este tipo a menudo traen consigo la crisis de confianza en la conducción del Señor. Entonces el abad debería estar al lado del monje ante el Dios vivo. En este sentido no existe ninguna orden del abad. El abad nunca debe adoptar una posición tal que ordene expresamente el camino al fracaso. También aquí se trata de hacer experimentable el hecho de que existe el "con Cristo". Y más todavía.

Cuando en la realización del objetivo aceptado en la fe, se alcanza el sufrimiento, el abad es llamado a compartir ese dolor. Está en el lugar del Señor que ha revelado la piedad de Dios para con el hombre. El abad no debe sentirse por ello sobreexigido. Una expresión importante para esta postura es la oración en común, no sólo la intercesión. Nos ha sido concedida como fuente de consuelo. Pertenece a lo más profundo que se les ha confiado a los apóstoles de Jesús, el hecho de poder darse recíprocamente el don del consuelo, (2 Co 1,4). Esto es un don del Espíritu de Dios.

Para finalizar deseo dejar expresamente aclarado que las consideraciones precedentes sobre la obediencia deben ser completadas con la descripción de procesos concretos en la vida monástica. De lo contrario se podría pensar que aquí se trata de algo cristiano general que en realidad no concierne al núcleo de la vida del monje. Pertenece al núcleo de la vida de los monjes y al mismo tiempo es propio de toda vida cristiana. Del modo como se vive la obediencia puede mostrarse la decisión propia de los monjes.

Hemos considerado tres ámbitos distintos en los cuales debe hablarse de obediencia. Los dos primeros son irrenunciables, pero el núcleo de la relación con Cristo se alcanza recién en el tercero. Esto no es una evaluación sino que más bien corresponde a la estructura de la vida humana que nos ha sido dada. La historia de la humanidad se efectúa por el hecho de que de la superación cotidiana se toman las decisiones, cuya meta está centrada en el sentido de todo el camino.

La función del abad disminuye sólo en apariencia, en realidad se profundiza. En el último ámbito se encuentra menos amenazada de extenuarse mediante factores externos.

Mientras ordenamos nuestras consideraciones en el tema que se tratará en estos días, la relación con Jesucristo, deseamos recordar que nuestro esfuerzo en el camino de la vida tiene relación a lo que Pablo describe con estas palabras:

*Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo... sabiendo que la tribulación en-*

*gendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado". (Rm 5,1-5).*

*Traducción del alemán  
por Mónica von Freedon*

Athanasius POLAG, osb

Después de tan maravilloso nacimiento, convenía que Juan se retirase, huyendo del tumulto de las ciudades, la afluencia del pueblo, los vicios de la sociedad, y se fuese al desierto, allí donde el aire es más puro, más despejado el cielo y más cercano se hace Dios, y ello, pues todavía no se había revelado el misterio del bautismo ni había llegado la época de la predicación, para entregarse a la oración y vivir con los ángeles, para llamar al Señor y escuchar cómo El responde: Aquí estoy.

Orígenes, Hom. in Luc. 11,4